

JOSEFINA GOMEZ MENDOZA*

ACTUALIDAD DE LA GEOGRAFIA REGIONAL**

RESUMEN - RÉSUMÉ - ABSTRACT

La revisión de la bibliografía geográfica actual más autorizada confirma el retorno de la vigencia de la Geografía regional. En el artículo se pone de manifiesto cómo esta recuperación debe entenderse en relación con la renovación de la mirada contemporánea sobre la actividad científica así como con las también renovadas relaciones de la Geografía con su propia tradición, con otras ciencias afines y con los saberes comunes y literarios. Se concluye analizando las ventajas y condiciones del entendimiento contemporáneo de la Geografía regional como narración de los individuos regionales dentro de unas estructuras narrativas modales y teñidas de temporalidad.

* * *

L'actualité de la Géographie régionale. - La révision de la bibliographie géographique actuelle la plus autorisée confirme un retour de créance de la part de la Géographie régionale. Cet article expose jusqu'à quel point cette récupération doit être comprise en relation avec le renouvellement du regard contemporain sur l'activité scientifique, ainsi qu'avec les relations également renouvelées de la Géographie avec sa propre tradition, avec les autres sciences proches et avec les savoirs populaires et littéraires. On analyse en conclusion les avantages et les conditions d'une compréhension de la Géographie régionale comme récit des individus régionaux compris dans des structures narratives modales et temporelles.

* * *

Currentness of Regional Geography. - The review of the authorized current geographical bibliography confirms new credit for regional geography. It's exposed in this article as a recovery which must be related with the renewed contemporaneous look on scientific activity. It's concerned also by the new thought of Geography for its own tradition, the renewal of its relations with other sciences and a new thinking of the importance for geography of common and literary knowledges. The conclusion analyses the current understanding of regional geography as narration of regional individuals inside modal and temporal narrative structures.

PALABRAS CLAVE: Geografía regional, región, epistemología, etnociencias, textualidad.

MOTS CLÉS: Géographie régionale, région, épistémologie, ethnosciences, textualité.

KEY WORDS: Regional geography, region, epistemology, ethnosciences, textualism.

La voluntad, que se va confirmando a medida que avanzan los años como generalizada y plural, de retornar a una cierta Geografía regional, a una consideración comprensiva e interpretativa de los individuos regionales, debe entenderse en relación con la renovación de la mirada contemporánea sobre la actividad científica. Con el progresivo derrumbamiento de las grandes certidumbres (y, en particular, de aquellas que atañen a la Teoría y al Método), con el desdibujamiento de fronteras científicas que hasta hace poco parecían inamovibles, y con la convicción de la necesidad de reintroducir la subjetividad en todo proceso de conocimiento, reaparece también en la Geografía la preocupación (casi prohibida en los años sesenta y setenta) por lo particular, por la diferencia, por hacer inteligible y conferir significado a un mundo complejo y plural.

De modo que hablar de nuevo de Geografía regional, de paisajes, de lugares, de territorios, se encuadra de lleno en la discusión sobre la crisis de la modernidad, en lo que, tan equívoca como intencionalmente, se ha bautizado como postmodernidad.

Se multiplican hoy las voces que llaman al estudio regional. Primero fueron denigradas y tachadas, a veces, de retrógradas como en el caso del ya lejano alegato de John Fraser Hart (1982) o del más reciente de Peirce Lewis (1985), que apelaban al viejo sentido común geográfico, lo que sonó a rancio a los oídos de nuestros científicos más recalcitrantes. Se ha dicho en este sentido que ante la desorientación que iba cundiendo se trataba de invitar a volver a hacer lo «de antes», de un *back to basis* (PUDUP, M.B., 1988, 370-376). Se han sucedido, después, muchas otras convocatorias, procedentes

* Universidad Autónoma de Madrid.

** Este texto corresponde a la conferencia pronunciada el 28 de junio de 1989 en el Estudio General de Gerona,

durante los cursos universitarios de verano. Una versión en catalán de dicha conferencia será publicada por la Editorial EUMO con el conjunto de los textos de las otras intervenciones.

de muy diversas perspectivas, en el clima, en todo caso, más tolerante que felizmente caracteriza en la actualidad a la Geografía. Algunas, como la que emprendió en 1986 *L'Espace Géographique* sobre los modos de escribir Geografía regional, pusieron en evidencia la dificultad de emprender esta tarea con una pretensión integradora y la permanente aparición de dicotomías: estructura-sujeto; análisis sistémico-procedimiento humanista; análisis macroespacial-comprensión del comportamiento microespacial, etc (ROBIC, 1986, 244). Finalmente, se ha hablado mucho en los últimos años en la geografía inglesa de una Geografía Regional Reconstruida (MASSEY, D., 1984 y 1985; THRIFT, N., 1983; PUDUP, M.B., 1988) que pretende, sobre todo, diferenciarse de la clásica haciendo explícitas sus bases teóricas¹. En conjunto da la impresión de que se ha titubeado en llevar hasta sus últimas consecuencias el camino de reflexión emprendido.

Por ello me parece que la sinceridad con la que Derek Gregory —ese marxista al revés, parafraseando a su amigo Edward Thompson— acaba de tomar postura en favor de replantearse la diferenciación en áreas como uno de los objetos de la Geografía puede resultar sumamente clarificadora. «Creo, ha dicho, que necesitamos *volver* en parte (énfasis del autor) a la cuestión de la diferenciación en áreas, pero armados con una sensibilidad teórica nueva hacia el mundo en el que vivimos y hacia los modos de representarlo. Ya insistamos en el 'orden' o en el 'desorden' o en la tensión entre ambos —y no importa cómo optemos por definir estos términos— tenemos todavía que 'mirar'. Estamos todavía haciendo geografía» (GREGORY, D., 1989, 92). Los geógrafos, añade, debemos volver a acometer «el inmensamente difícil problema» de la descripción geográfica, de *escribir* geografía (GREGORY, D. y WALFORD, R., 1989, 2).

Frente (o junto) a la ciencia espacial y al discurso totalizador del marxismo que no admiten las diferencias y se han alejado del mundo real; frente (o junto) a unas técnicas en continuo progreso pero que no pueden sustituir a los significados, debe reintroducirse la escritura sobre lo particular, la construcción narrativa de la identidad de un lugar o de una región, en síntesis «una Geografía regional, teóricamente informada e históricamente sensible». Y es que, advierte Gregory, con palabras del último Wittgenstein, nuestro interés puede estar en mostrar que las cosas que parecen las mismas son en realidad diferentes (GREGORY, D. y WALFORD, R., 1989, 1 y 5; GREGORY, D., 1989, 67). De esta forma puede la Geografía contribuir en buena medida a enriquecer el paisaje intelectual del presente.

Pero si de lo que se trata es, en este caso, de *escribir* Geografía sobre lo heterogéneo, la diferencia y el cambio, los problemas se plantean, en primera instancia, en el terreno del lenguaje y del discurso geográfico, en tanto en cuanto es allí donde se producen los significados. Varios autores lo han señalado (COSGROVE, 1987, *passim*, y 1989, 127;

GREGORY, D. 1989, 90; ORTEGA CANTERO, 1987, 110-11 y BERDOULAY, V., 1982, 574-578) y Vincent Berdoulay acaba de dedicar un libro a seguir el desarrollo de la dimensión discursiva de la Geografía (BERDOULAY, V., 1988). Es también del lenguaje de la Geografía regional de lo que me voy a ocupar aquí fundamentalmente.

No sin antes señalar que ello nos sitúa, como he dicho, en el centro del pensamiento contemporáneo y de sus querellas. La identidad no aparece, en efecto, de forma inmediata y directa, sino que se construye de forma mediata y compleja (ARANGUREN, J.L., 1981). Las formas complejas de subjetividad, como ha señalado certeramente Carlos Thiebaut (1989, b), pueden acudir a formas, también complejas y modernas, de *textualidad* para recibir la voz con que expresarse. Lo que sugiere la posibilidad de una construcción narrativa de nuestra subjetividad, de un entendernos a nosotros mismos como producto de un hacer o de un hacerse, de una actividad o ejercicio constructivo. Ese espacio de actividad y de interacciones donde acontece la construcción de nuestra identidad puede ser llamado, metafóricamente, *texto*, y en este sentido es en el que puede decirse que el pensamiento contemporáneo ha realizado un *giro textual* como paso ulterior del giro lingüístico que caracterizó a la filosofía analítica.

Pero llegados a este punto conviene advertir, como hace Habermas (1985, *passim*), contra las superaciones apresuradas de la Modernidad que pueden suponer para determinados autores subjetividad, narratividad y textualidad. Hay una versión «postmoderna» de la narratividad en la que se considera agotado el curso de la razón argumentativa y deductiva que inició el proyecto ilustrado y se plantea el regreso a una consideración narrativa de la época (LYOTARD, J.F., 1984). Narratividad significaría así el final de la modernidad racional, y plantearía la alternativa de recurrir a otros discursos como el literario o el artístico para encontrar las significaciones de nuestros sistemas de convivencia y de nuestras maneras de vivir, evitando las trampas cosificadoras de la razón (RORTY, R., 1985). Semejante proceder podría llevar asociado responsabilizar a la modernidad racional de los problemas y perplejidades del presente, del final de la utopía. Jürgen Habermas propone, frente a estas que considera «potentes y emergentes actitudes neoconservadoras», un lenguaje de la acción comunicativa y de la autocomprensión: una noción «discursiva» de la narratividad donde las ideas de los procesos de interacción social y de argumentación práctica se perciben y se construyen en estructuras narrativas, modales y temporales. De esta manera en la propuesta metodológica de Habermas queda un contenido normativo de la modernidad por desarrollar, como tarea pendiente de un proyecto nacido en la ilustración que el siglo XIX dejó inconcluso al olvidar una de sus dimensiones, la acción comunicativa (HABERMAS, 1985, 397-433)².

de la Geografía regional clásica se fuera esclerotizando con el tiempo, o que la situación difiriera de unas escuelas a otras.

¹ Repitiendo, por cierto, el viejo lugar común de que la Geografía clásica carecía de explicitación teórica. Me parece que la investigación de Vincent Berdoulay sobre *La Formation de l'école française de géographie (1870-1914)* debería haber despejado definitivamente las dudas al respecto en el caso de la escuela vidaliana. Lo mismo ocurre con la revisión a la que se está procediendo actualmente de la obra mayor de Hartshorne. Otra cosa distinta es que el discurso teórico y práctico

² Carlos Thiebaut ha ofrecido recientemente un buen resumen, a mi juicio, de estos numerosos y complejos debates sobre la modernidad y de las razones por las que las pérdidas de fundamento de la misma no debe conllevar el decirle adiós. En sus páginas se basa lo que se dice en el texto. Véase THIEBAUT, C., 1989, a, 7-32.

No resultan ociosas estas consideraciones cuando vamos a hablar de la función narrativa de la Geografía regional. En efecto, no faltan las versiones contemporáneas que se interesan exclusivamente por las infinitas geografías del quehacer cotidiano o de los paisajes afectivos; que ven geografía en todas partes; o que borran las fronteras entre el discurso geográfico y el literario negando de esta forma, en la práctica, que la Geografía constituya una cultura experta. La consideración textual y narrativa de la Geografía necesita asentarse sobre representaciones geográficas que trasciendan los mundos personales, en los que, a veces, se detienen los neo-conversos. Es en esta interacción comunicativa, en este diálogo abierto y plural con las representaciones geográficas de toda índole, en los que se debe asentar el discurso de la Geografía regional³. Y de ello paso a ocuparme a continuación.

No me siento preocupada en esta ocasión por el otro gran problema de la Geografía regional, el de la «distribución» regional, que lleva asociada la selección de técnicas y los razonamientos válidos para proponer nuevas formas de organización de los diferentes niveles de análisis regional. No dudo que la regionalización constituya una de las mayores dificultades del quehacer geográfico actual. Pero quizá es mejor aceptar que, como dice Hart (1982, 27), en esta primera etapa de retorno, la «región» debe prevalecer sobre la «regionalización», la interpretación y la comunicación sobre la clasificación operativa.

I. RELEYENDO LOS ESTUDIOS TRADICIONALES DE GEOGRAFIA REGIONAL

Reflexionar sobre el lugar de las nuevas formas de hacer Geografía regional consiste, en primera instancia, en reabrir el diálogo con su tradición, entre otras cosas porque, como ha dicho Nicolás Ortega, la razón de ser de la Geografía es inseparable de la misma (ORTEGA CANTERO, N. 1987, *passim*).

En su indagación sobre lenguajes, géneros y discursos, Berdoulay recuerda la pertinente observación de David Hooson al calificar a la Geografía regional como un género geográfico (HOOSON, D., 1968, cit. por BERDOULAY, V., 1988, 17). El género geográfico del estudio regional en su afán de presentar de forma integrada hechos diversos reaparece recurrentemente a lo largo de la historia de la Geografía.

No puede negarse, en todo caso, el carácter decepcionante y la falta de interés que nos deparan habitualmente las lecturas de textos nuevos de Geografía regional. Roger Brunet ha hecho un balance de los mismos tan rotundo como crítico: pesados manuales a la alemana, tan repletos de información como indigestos; textos, en general anglosajones, de autores de segunda fila, que bajo una imprecisa geografía «sistemática» disimulan mal la añoranza del

plan de archivadores de las viejas síntesis; remedos simplificadores y, a veces, vergonzantes de antiguas monografías de éxito (BRUNET, R., 1986, 241-243). El panorama no es, en verdad, estimulante.

Pero sí sería en cambio un ejercicio estimulante, creo yo, que pusiéramos en común las preferencias a la hora de las *relecturas* en Geografía regional; todos tenemos preferencias y muchos poseemos nuestra lista más o menos ordenada de textos clásicos de calidad, de autores mayores. Algunos geógrafos, como por ejemplo Stoddart, los han enumerado sin ambages, al mismo tiempo que advertían que esas narraciones regionales les servían de trama ordenadora para identificar los problemas básicos de carácter geográfico, producto de la relación del hombre y del medio en las regiones respectivas (STODDART, D.R., 1987, 539). Otros han llevado a cabo ejercicios de comparación entre distintas geografías de un mismo ámbito geográfico: es lo que ha hecho, por ejemplo, Michel Bruneau para el Sureste asiático, con resultados satisfactorios, por mucho que se haya detenido más en los diferentes tipos de marcos espaciales propuestos que en los discursos geográficos involucrados (BRUNEAU, M. 1986). La puesta en común de estas relecturas no me parece, en absoluto, desprovista de interés; nos permitiría conocer y discutir los modos de razonamiento y las modalidades discursivas que contienen, así como ponderar los grados de legibilidad que conservan los textos. Quizá resultara un ejercicio insustituible de autoestima geográfica, tanto más necesario en el caso de la geografía española.

Pero, de entre todos estos reencuentros, hay algunos que por su recurrencia en textos muy recientes pueden alertarnos sobre el sentido que está tomando la revisión de la tradición. Me refiero en concreto a tres. En primer lugar, la admirativa referencia que se repite en textos fundamentalmente de procedencia angloamericana por las grandes narraciones históricas del Fernand Braudel del Mediterráneo y del mundo mediterráneo o de *Civilización material y capitalismo* (y, en conjunto, por toda la escuela de los *Annales*) o del Edward Thompson de la revolución industrial inglesa; reflejan, ha dicho Gregory, «la cascada de la historia humana» (GREGORY, 1981, 1-16) en relación con la renovada valoración de la historicidad inherente al estudio geográfico y la consideración totalizadora de aspectos materiales de las sociedades históricas (DRIVER, F., 1988, 499; COSGROVE, 1987, 96).

No menos importante resulta a nuestros efectos el renovado interés que suscita la obra de Carl Sauer y de la escuela de Geografía cultural de Berkeley. El énfasis se pone en este caso en el estudio e interpretación de la acción transformadora del hombre. Un autor tan significativo como Denis Cosgrove acaba de calificar de «monumento» de interpretación cultural del paisaje, el *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, publicado por Thomas en 1956 tras el congreso internacional organizado por Sauer. Leyendo este libro, ha dicho

ésta transmitía no traicionaba la naturaleza profunda de la sociedad cántabra. «Imagen exterior y aceptación interior -añade- porque como tantas veces sucede el perfil que los demás nos otorgan suele ser el que admitimos para identidad de nosotros mismos» (ORTEGA VALCARCEL, 1987, 6-7).

³ Puede ser ilustrativa, en este sentido, la muy bella estimación que recientemente ha realizado José Ortega Valcárcel del legado de la Cantabria rural. Ha puesto de manifiesto, por ejemplo, que los montañeses se reconocieron en la Montaña porque la imagen exterior que

significativamente Stoddart, «se (siente) el polvo en los ojos, la arena entre los dedos, la sal salpicar la cara. Es el mundo real, palpable, tangible, poblado por hombres y mujeres que lo han transformado» (STODDART, D.R., 1987, 531). Hay que tener en cuenta que este mismo autor no oculta la simpatía que durante toda su vida ha sentido por los puntos de vista de Sauer, y cómo el *Land and Life* de éste (1963) es «quizá el más importante de un pequeño grupo de libros que he recuperado al cabo de los años para restablecer la fe en el saber que profesamos» (*ibid.*, 531).

La «Sauerología» está así al orden del día. Por dos motivos sobreañadidos, apunta Gregory (1989, 85-87): porque permite reabrir el interrumpido e imprescindible diálogo con la Antropología, que Sauer mantuvo siempre vivo y geográficamente activo (piénsese en su colaboración con Kroeber y con Robert Lowie); y porque la propuesta de morfología del paisaje de Sauer contenía una cierta reconciliación entre el estudio científico y el artístico y una preocupación por el lenguaje.

Pero la autotitulada nueva Geografía regional busca un tercer e insistente apoyo en la tradición geográfica que quizá haga sonreír a más de uno de aquellos geógrafos que en este país se han formado al calor de la escuela regional francesa: la «vía vidaliana», el sentido epistemológico y metodológico contenido en los *Principios de Geografía Humana* de Vidal de la Blache (1921) y, sobre todo, en el *Tableau de Géographie de la France* (1903). Dice, por ejemplo, Andrew Jonas, al afirmar que una nueva geografía de los lugares está emergiendo de la teoría social crítica, que los vínculos que ésta guarda con la Geografía regional de Vidal de la Blache son una de las razones para considerarla «reconstruida»: «lo que determinó el sentido del lugar en las regiones de Vidal fue la relación íntima y dialéctica que estableció entre las condiciones locales naturales y las culturas materiales locales» (JONAS, A. 1988, 101-103).

No cabe, sin embargo, la menor duda de que es Berdoulay quien más fundadamente ha expuesto la novedad del discurso vidaliano y la modernidad que conserva (1981, *passim*, y 1988, 75-87). Retengo tan sólo dos puntos de su argumento en relación con lo que me interesa en este momento: en primer lugar que el posibilismo vidaliano encontró en las filosofías neokantianas finiseculares el apoyo necesario para reconocer la existencia de hechos contingentes e introducirlos en sus análisis, y, en particular, la forma de contingencia que constituye la «individualidad», es decir el resultado relativamente estable de series o encadenamientos causales inde-

pendientes. El hombre forma enteramente parte de la naturaleza, aunque dispone de una iniciativa y autonomía culturales que le permiten transmitir ciertas ordenaciones sociales y ciertas prácticas que tienen un valor adaptativo (BERDOULAY, 1988, 79-81). En segundo lugar, y complementariamente, la noción de *género de vida* cobra valor desde la perspectiva de la iniciativa humana ejercida en medios naturales diferentes en función de la capacidad técnica, los valores y la herencia cultural de los grupos sociales: como bien dice Berdoulay, el género de vida aparece como un verdadero *sistema socio-ecológico*. Así admitido se entiende el enorme interés que puede tener este tipo de planteamientos para revitalizar una Geografía de los lugares y de las regiones. Sólo cabe añadir que, a juicio del mismo Berdoulay, la debilidad del discurso posibilista radicó en su lenguaje, o más exactamente en la falta de formalización del mismo. Es algo que conviene tener en consideración en función de lo que veremos más adelante.

Quiero sacar dos conclusiones –de muy distinta índole– de lo apuntado anteriormente sobre estos diversos reencuentros de los nuevos regionalistas con el pasado de la Geografía regional. En primer lugar, algo no sé si festivo pero, desde luego, saludable: la frecuentación de los clásicos puede ayudar a recuperar la capacidad de disfrutar con la Geografía, el placer de la lectura geográfica. «Una de las tareas de los geógrafos es mostrar que la Geografía está ahí para ser disfrutada», dice con insistencia Cosgrove (COSGROVE, D., 1989, 120).

En segundo lugar, ya se quiera estudiar paisajes, lugares o regiones⁴ parece existir una voluntad común de presentar la totalidad y de recuperar la unidad de la Geografía: en otras palabras y dicho de forma rotunda, el medio natural no puede quedar excluido de un estudio regional. La propia Doreen Massey ha dicho: «La Geografía, en su sentido más pleno, implica no sólo distancia espacial, sino también diferenciación física, de suelo, de vegetación, de clima, de manera que los rasgos físicos son importantes. Evidentemente, su impacto, uso y significado deben ser socialmente construidos, pero esta construcción es *de* algo (énfasis de la autora)» (MASSEY, D. 1984, 52, cit. por PUDUP, M.B., 1988, 379). Quizá afirmaciones como éstas reconforten a David Stoddart, quien todavía hace poco se mostraba preocupado por la desaparición entre muchos de nosotros de la idea central de la geografía «–una geografía, la geografía (...) Los geógrafos han olvidado –y resulta extraordinario tener que decirlo así– que algunas partes de la tierra son altas y otras bajas; que algunas son desérticas, otras boscosas,

error, de alegría y de sufrimiento, tanto como de beneficios y de déficits». (COSGROVE, 1988, 122). Hace ya bastante que Pierre Gourou veía al hombre, en tanto que miembro de un grupo social, como hacedor de paisajes. Para añadir –reconciliando las dos aficiones que muestra Cosgrove en el momento presente–: «¿Hay una empresa más cautivadora que aquella que nos sensibiliza a los paisajes, no aceptando las apariencias y buscando las razones que los explican? (...) hay que evocar con gratitud las satisfacciones que proporciona una visión del paisaje que pretende ser penetrante (...) La conciencia que tomamos del paisaje en su profundidad histórica y física es una fuente de gozo, una escuela de progreso, la certidumbre de una actividad inagotable» (GOUROU, P., 1973, 14-15).

⁴ Denis Cosgrove ha llamado la atención sobre las ventajas que presenta el concepto de paisaje sobre los de lugar y espacio para la labor de descodificación de significados que propone. Según él hay tres implicaciones en el concepto de paisaje: el constituir un conjunto de formas visibles; el estar dotado de unidad y coherencia y el involucrar la intervención humana a través de procesos de configuración y re-configuración. De modo que el paisaje constituye para él un concepto irremplazable en Geografía humana. «A diferencia del *lugar* nos recuerda nuestra posición en el plan de la naturaleza; a diferencia de *medioambiente* y de *espacio* nos recuerda que sólo a través de la técnica podemos participar en él. Al mismo tiempo el paisaje nos recuerda que la geografía *está* (énfasis del autor) en todas partes, que es una fuente constante de belleza y de fealdad, de bondad y de

otras herbáceas, o están cubiertas por el hielo. (...) La geografía tiene que ver precisamente con esto: la diversidad de la tierra, sus recursos, la supervivencia humana en el planeta» (STODDART, D.R., 1987, 538).

II. LA GEOGRAFIA REGIONAL EN EL PUNTO DE ENCUENTRO DE DISTINTOS SABERES CIENTIFICOS

Los geógrafos saben bien las dificultades con las que se encuentran para clasificar su ciencia. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que como acaba de demostrar Berdoulay (1988, 29-56) los grandes tipos de clasificación conservan demasiada rigidez para acomodarse a las prácticas científicas y, en concreto, a las que afectan a la Geografía. Las razones de esta rigidez son variadas: o bien que las clasificaciones se apoyan en derroteros que imponen constricciones a la realidad de la actividad científica; o bien que recurren a una concepción filosófica ajena, o a la valoración de un criterio jerárquico, como puede ser el grado de abstracción. Pero de forma más concreta, añade el autor, hay que tener presente que los grandes géneros de clasificación de los conocimientos, y aún las orientaciones más compatibles con la Geografía, no entran en la consideración del nivel discursivo de toda ciencia. Existe en particular una separación entre el aspecto cognitivo del discurso geográfico y su aspecto expresivo: el segundo es puro y simplemente ignorado en las clasificaciones científicas.

Viene esto a cuento de que lo que constituye indudablemente para el geógrafo un motivo de incomodidad y desasosiego a la hora de identificarse y de situarse entre las estanqueidades formales de los campos académicos, puede resolverse en ventajas a la hora del conocimiento. Decía yo en otra ocasión que «pensar el paisaje supone integrar en una comprensión común modos de conocimiento distintos de la naturaleza y del medio y debe constituir, pues, un ejercicio de abierta y lúcida transdisciplinariedad» (GOMEZ MENDOZA, 1987, 64). Para esta labor, el geógrafo se puede beneficiar precisamente de su mayor receptividad, de su capacidad de disponer de una información –y también de una formación– plural, de unos contornos de su campo de conocimiento particularmente lábiles. Son, creo yo, ventajas en Geografía regional, siempre que se tenga la madurez geográfica suficiente para no trascender los márgenes que nos mutan en simples aficionados de otras disciplinas.

Quizá nada mejor que el estudio del paisaje para poner en común las diversas sensibilidades científicas, aprender la pluralidad de lecturas de un mismo objeto y articular lenguajes múltiples (ROUGERIE, G. 1985 y 1987, 142; WIEBER, J.C., 1987, 148-149). A estas alturas, el concepto de paisaje es tan polisémico que puede que haya que abandonar todo intento de definición simple y reunir todas las posibles en un conjunto comprensivo. Lo que no

parece que deba hacer nunca la Geografía es «abdicar» a favor de otros especialistas de un patrimonio como el del paisaje que ha concitado algunas de sus mejores aportaciones, tanto desde una orientación privilegiada hacia las ciencias naturales, como desde las secuencias de aculturación humana. No sólo se han renovado hoy desde la Geografía las aproximaciones a los paisajes integrados, a los paisajes rurales, a los paisajes urbanos, o a los *cadres de vie* (ROUGERIE, G., 1987, 143) sino que se está intentando en sus distintas dimensiones un criterio ilustrado de ordenación territorial basado en el paisaje (SEMINARIO... 1987, *passim* y, en particular, ZOIDO NARANJO, F., 1987, 135-142). Quizá, desde la Geografía regional, con dos limitaciones: no reducir el paisaje a una aproximación exclusivamente naturalista, ni tampoco aprehenderlo sólo desde las vivencias y los afectos de los individuos. Si algo aporta el estudio del paisaje –por mucho que admita tratamientos sistemáticos y formalizaciones rigurosas– es el situarse en la interfaz sujeto-objeto.

En un orden de cosas semejante, no carece de interés recordar algo de lo que se ha dicho sobre la revitalización de la Geografía regional y sus renovadas relaciones con la evolución de otros conocimientos científicos. Es célebre a estas alturas la forma en que Peter Haggett presentó la clasificación de la Geografía entre las ciencias de la tierra, las ciencias sociales y las geométricas (HAGGETT, P., 1965, 21-24). Por eso es muy significativo y nada inocente el que, cerca de veinticinco años después, Derek Gregory y Rex Waldorf, al hacer balance de dónde nos encontramos, sitúen a la Geografía en el punto de encuentro entre las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades (GREGORY, D. y WALFORD, R., 1989, 1)⁵.

Esta situación le permite a Gregory argumentar que la recuperación de una sensibilidad teóricamente informada hacia la diferenciación de áreas como uno de los objetos de la Geografía pasa por la renovación de sus relaciones con la Economía política, la Sociología y la Antropología (GREGORY, D., 1989, 72-91). En el primer caso, y pese a reconocer que «el *materialismo* histórico deja poco sitio a la *geografía* histórica del materialismo» (en ambos casos énfasis del autor), Gregory considera que las reflexiones recientes de Harvey sobre el desarrollo desigual del capitalismo –que suponen procesos que incluyen la aglomeración en un lugar y procesos que favorecen la dispersión sobre el espacio, generando una economía espacial diferenciada e integrada– abren la puerta a una cierta reconsideración de las características únicas de la acción humana en lugares particulares (HARVEY, D., 1982 y 1985). Algo parecido piensa Paul Claval cuando apunta que la reflexión sobre espacialización de las contradicciones del capital supondría enriquecer la teoría de la acumulación con una dimensión geográfica (CLAVAL, P., 1987, 161-163).

Pero Harvey se queda en el modelo abstracto del funcionamiento espacial del capital mientras

le duelen prendas en reivindicar una Geografía humana entendida pura y simplemente como humanidades: «(Al contrario de lo que ocurre con la *geografía humanística*) la idea de una geografía humana como una *humanidad* apenas está madura o plenamente desarrollada» (COSGROVE, D., 1989, 121).

⁵ Tras la definición programática, el *Análisis locacional en Geografía humana* de Haggett incurre, como es sabido, en el olvido sistemático de todo elemento procedente de las ciencias de la tierra. Igualmente debe decirse que la situación establecida por Gregory y Waldorf es modificada, en el mismo libro, por Cosgrove a quien no

Doreen Massey, por ejemplo, se adentra ya en el nivel de los análisis concretos, que no excluyen el reconocimiento de la singularidad de los lugares y la consideración de los niveles culturales, políticos e ideológicos. Quiere, de este modo, llegar a una nueva Geografía regional del Reino Unido para lo que no prescinde del recurso a las secuencias de ocupación de Derwent Whittlesey como tampoco de la consideración a la vez diacrónica y sincrónica característica de la Geografía histórica inglesa (MASSEY, D., 1984; MASSEY, D. y ALLEN, J., 1984; MASSEY, D. y MEEGAN, R., 1989).

Son de destacar estas evoluciones —en particular la de David Harvey— aunque queda por ver si su anclaje en la primacía de la producción y en la lógica generalizadora del capitalismo permite integrar de forma articulada y fecunda el relato circunstanciado sobre acontecimientos y sujetos geográficos. Como se ha señalado en más de una ocasión, los procederes estructuralistas y las teorías generales de organización del mundo rechazan la «variación» como una complicación innecesaria. Las estructuras devoran a los procesos y a sus agentes, el movimiento sólo puede tener lugar en el campo cerrado de la estructura. La teoría general contiene en sí misma todos los desarrollos posibles y no admite en principio los hechos concretos de observación (ni históricos ni geográficos) nada más que a título de ilustraciones de la Teoría (THOMPSON, E.P., 1978, *passim*, GOMEZ MENDOZA, J., 1986, 26-28). Son cuando menos legítimas las dudas sobre la posibilidad real de reconciliación y de ayuda mutua entre las aproximaciones geográficas de carácter estructuralista y totalizadoras desde un punto de vista teórico y una escritura de la Geografía regional concebida como relato y razonamiento interpretativo de la diferencia y del cambio (GOMEZ MENDOZA, J. y ORTEGA CANTERO, N., 1988).

El neomarxismo historicista ha tratado de resolver estos problemas articulando la reflexión en dos niveles interactivos: actores y estructuras. Gregory, en concreto, con sus tesis «estructuracionistas», combinó, como ha reconocido Claval (1987, 163-164), el peso de las estructuras y la iniciativa humana: los hombres hacen la historia, pero la hacen en el marco de las ideas que les han sido enseñadas, de las instituciones en las que viven y de los comportamientos que estas condicionan (GREGORY, D. 1981; 1982 a). El mérito de Gregory consiste en haber ilustrado la discusión teórica con la transformación experimentada por el Yorkshire como consecuencia del paso de la fabricación artesanal de la lana a la industria moderna (GREGORY, 1982, b). Nada hay que objetar salvo quizá que son perspectivas no tan desconocidas por el buen trabajo regional clásico.

No es necesario insistir en el hecho de que epistemologías como las últimas descritas se encuentran muy cerca de la Sociología histórica y de los conceptos de la teoría postmarxista de la estructuración de Anthony Giddens (1984) que incorpora las configuraciones espaciales de la vida social. Paul Claval también ha llamado la atención sobre esta proximidad (CLAVAL, P., 1987, 164) que ha llegado, incluso, a ser reconocida por el propio Giddens en los términos de que «no hay diferencias lógicas o metodológicas entre la geografía humana y la socio-

logía» (cit. por GREGORY, D., 1989, 79). Afirmación cuando menos sorprendente que al parecer se apoya, sobre todo, en el hecho de que la *time geography* de Hägerstrand y de la escuela de Lund suministra modos de capturar las prácticas sociales rutinizadas. El propio Gregory se encarga de poner en evidencia no sólo las coincidencias sino también las distancias entre estos planteamientos.

Con una notable ausencia, no obstante, a mi juicio. Se recuerda el interés que guardan para la Geografía —y en concreto para la regional— planteamientos sociológicos del tipo de los de Michael Mann o Michel Foucault sobre las redes múltiples socioespaciales, hasta el punto de que la historia total puede ser reescrita en términos de espacio a las distintas escalas, desde las grandes estrategias geopolíticas a las microtácticas de ocupación de la vivienda. Se dice, en consecuencia, que el diálogo entre la Geografía y la Sociología, interrumpido después de la guerra mundial, se ha vuelto a abrir en los años setenta. Se olvida injustamente, en mi opinión, el esfuerzo de diálogo mantenido en 1956 por un geógrafo regionalista consciente del enriquecimiento que para su discurso podría suponer la frecuentación de profesionales próximos. Me refiero a las *Rencontres de la Géographie et de la Sociologie* de Max Sorre, en cuyo prólogo se dice: «Los sociólogos han admitido que los geógrafos aportaban dos cosas: el sentido del medio total y la experiencia de la investigación directa adquirida en el curso de sus indagaciones. Y los geógrafos, por su parte, se han dado cuenta de que una descripción correcta sólo cobra pleno sentido en el caso de que los sociólogos la aclaren desde el interior» (1957, 9)

La Geografía regional renovada parece haber recobrado también fuerzas y aliento al contacto con la Antropología. El distanciamiento que se produjo entre una y otra con motivo de la ciencia espacial traicionó, en este caso, el espíritu de colaboración de dos saberes que habían nacido unidos (cuando no confundidos). Ahora los geógrafos angloamericanos recurren, como he dicho, a la tradición de Sauer para resucitar una colaboración que se estima interesante en ambas direcciones. La narración interpretativa de regiones y paisajes tiene algo que ver con las *thick descriptions* de la Etnografía que propone Clifford Geertz (1973): leer todos los niveles de significado de las acciones sociales para restarles opacidad a través de un proceso de investigación en el que se trata de describir el día a día de las gentes en determinadas culturas mediante un encuentro prolongado con ellas y la multiplicidad de contextos en que viven. Al igual que en la Geografía regional se quiere, pues, recuperar los contenidos concretos; como en ella los problemas de descripción aparecen en primera instancia como problemas de representación.

Puntos estos últimos que nos introducen en las dos siguientes cuestiones a las que me quiero referir: la comunicación entre los conocimientos científicos y los saberes populares y los lenguajes que corresponden a la Geografía regional.

III. LA GEOGRAFIA REGIONAL EN EL PUNTO DE ENCUENTRO DE LOS SABERES CIENTIFICOS, LITERARIOS Y POPULARES

El estudio y la escritura de la Geografía regio-

nal deben a mi juicio aprovecharse de la posición privilegiada que esta última está en condiciones de ocupar entre los conocimientos científicos y técnicos, las representaciones culturales, y los saberes comunes o populares sobre la naturaleza y el paisaje, así como sobre los comportamientos que los hombres desarrollan en ellos. Desde el momento en que el conocimiento de los medios, de los paisajes y de las regiones tiene lugar, sobre todo, a través de imágenes y de taxonomías, no carece de interés tratar de aproximar el sistema de representación, de clasificación y de denominación del lenguaje científico, del cultural y del lenguaje común. Es algo a lo que la tradición geográfica estuvo muy atenta —y no por azar sino porque remitía a su misma razón de ser—. Es algo que las formalizaciones más científicas de la Geografía reciente abandonaron, preocupadas por mimetizar conocimientos científicos más especializados y sistemáticos. Constituye, por tanto, a mi modo de ver, otro elemento de revitalización de la Geografía regional.

La modernidad supuso un alejamiento cada vez mayor entre el discurso científico y técnico y los saberes comunes y populares. La ciencia ha tendido tradicionalmente a desconfiar del lenguaje vulgar y a depurarlo hasta no conservar más que enunciados dotados de significado (BERDOULAY, 1988, 8)⁶. Pero como el mundo y este lenguaje tienen una estructura lógica común, las matemáticas se convierten en el lenguaje por excelencia de la ciencia, el que asegura su unidad. Es lo que pretendió la perspectiva más genuina de la Geografía empírico-analítica en sus inicios (ORTEGA CANTEIRO, N., 1981). También es lo que pocas veces consiguió en lo sucesivo, de forma que no es inusual la degeneración del discurso geográfico hacia un uso vacío de términos científicos, entre los que destaca, por su frecuencia, todo el vocabulario sistémico.

La subjetividad del conocimiento está en la base de la reconsideración actual del discurso científico. Como tantas veces se ha recordado por muy diversos autores fue el propio Wittgenstein el que en una segunda época redescubrió con sus «juegos de lenguaje» el interés de relacionar al mismo con las cosas y las ideas. Entre los geógrafos es Gunnar Olsson el que, al insistir sobre el hecho de que ni el pensamiento ni la acción están gobernadas por las reglas de la lógica analítica, ha procedido en la práctica a hacer experimentos *sobre* el discurso (OLSSON, G. 1980; 1982 y 1988).

Por su parte, Berdoulay, antes de repasar las distintas modalidades del discurso geográfico, pone de manifiesto hasta qué punto el discurso científico en general de despliega según formas muy similares a las que se encuentran en dominios más literarios: «El texto científico cobra importancia porque en él se concretan las diversas estrategias del autor para conseguir la adhesión del lector (...) En suma todo un arsenal de técnicas lingüísticas, toda una retórica, contribuyen a crear un discurso que trata de vencer (...) Práctica y discurso se encuentran así

íntimamente ligadas» (BERDOULAY, V. 1988, 9).

De modo que al ser el lenguaje la mediación obligada entre el científico y la realidad, resulta interesante revisar la estanqueidad entre los saberes comunes y los científicos y técnicos, por una parte, y la del discurso de éstos y el literario por otra. Lo que puede tener interés para la forma de pensar la región y de escribir sobre ella. Y lo que coincide con la revisión de las relaciones entre filosofía y literatura a la que me refería en la primera parte de este escrito.

Dicho sea sin que en absoluto pueda entenderse que defendemos una anulación de las diferencias entre el lenguaje ordinario y el lenguaje científico. Lejos de ahí, ni siquiera en Geografía regional, por mucho que digan algunos autores. Carlos Thiebaut ha puesto en boca de Richard Rorty un conjunto de enunciados provocadores con el fin esclarecedor de poder presentar las réplicas: toda filosofía no es sino literatura, toda lógica no es sino retórica, todo argumento no es sino relato, todo significado no es sino contexto. A lo que Habermas (y Thiebaut) contestarían que no se puede confundir la capacidad lingüística de invención de mundos (que corresponden a la literatura y al arte) con la capacidad lingüística de solución de problemas (discursos filosóficos y políticos). Para Habermas, el contextualismo al que sucumbiría Rorty con las anteriores afirmaciones, cargadas de *Lebensphilosophie*, colapsaría la problemática universalista de la ciencia y al hacer desaparecer las diferencias entre el lenguaje común y las culturas expertas cegaría, al mismo tiempo, el discurso crítico sobre esas mismas culturas. No es lo mismo solventar problemas que inventar mundos (THIEBAUT, C. 1989, a, 12).

No sobran, a mi juicio, las anteriores cautelas cuando se trata de precisar el lugar que ocupa la Geografía regional y su lenguaje. De la misma forma que hay que llamar la atención sobre que una cosa es sacar ventaja de utilizar diversos lenguajes que permanecen segregados en la cultura académica y otra caer en una confusa retórica, resultado del —parafraseando a Carlos Thiebaut— «bricolage» de fragmentos discursivos de muy distintas procedencias (1989 c). No sin razón se ha dicho por parte de Peter Gould que «en estos días de especialización creciente y de lo que cabría llamar 'pensamiento particional', la tradición geográfica de investigación ecléctica e integradora representa una perspectiva de incalculable valor tanto para el relativamente pequeño mundo universitario como para la más amplia sociedad abierta en que se encuentra incluida. Pero esta fuente real de la fuerza geográfica es también el origen de su debilidad». (GOULD, P., 1982, 1).

Dado que el trabajo de campo caracteriza a la Geografía regional y a la Geografía local, uno de los aspectos en los que más tienen que decir es aquel de la comparación entre sistemas de denominación y de clasificación utilizados, por una parte, por la ciencia y, por otra, por las sociedades tradicionales

⁶ Chatelin, Richard y Riou han llamado la atención sobre un hecho semejante a propósito de todos los naturalistas: «Los naturalistas contemporáneos, como todos los demás científicos, han tomado la costumbre de expresarse de manera concisa y totalmente impersonal. Sus escritos están desprovistos de lo que podría parecer subjetivo o circunstancial, sus pensamientos y sus moti-

vaciones profundas se encuentran, por tanto, ampliamente enmascaradas. Sólo los científicos más ilustres se permiten alguna vez escapar de esta forma de autocensura. Por el contrario, los autores del pasado, detrás de una apariencia de verbalismo superfluo, practicaban con los conceptos de su época, una especie de epistemología *avant la lettre*». (1986, 11).

(CHATELIN, Y.; RICHARD, J.F. y RIOU, G., 1986, 7). Es una de las cosas por las que se interesa la llamada etnociencia que precisamente se fija como objeto de investigación los saberes locales para indagar las relaciones mutuas entre las sociedades humanas y sus medios (*Ibid.*, 6-9 y BARRAU, J., 1985, 5-12). Esta investigación puede indudablemente resultar interesante en el campo de la etnomorfología del relieve, de la etnobotánica y de la etnozología, hasta el punto de que se ha hablado de una historia natural popular (BARRAU, J., 1985). Pero son igualmente interesantes en Geografía regional los usos y prácticas de explotación de los recursos naturales y la organización del trabajo⁷.

Importa, en efecto, conocer lo que, en alguna ocasión, Jean Brunhes denominó «los trabajos y los días» de las culturas populares. Yo creo que a las Geografías local y regional les puede resultar provechoso indagar las relaciones entre los principios generales y los usos y prácticas particulares, entre los referentes culturales y científicos que contribuyen a conformar una imagen del medio y los distintos tipos de actores que lo transforman. No es una casualidad que la tradición geográfica se mostrara tan atenta a las cuestiones del lenguaje tradicional, erudito, popular y local. Antes bien constituye una exigencia de método.

Algunos ejemplos pueden ayudar a precisar esta propuesta. En el caso de la Montaña cántabra, valles y tierras son los dos elementos organizadores del espacio. El registro de la toponimia es, como ha puesto de manifiesto José Ortega Valcárcel, rotundo y abrumador (1987, 8-18). Los valles constituyen la solución formal del relieve de la Montaña en una serie continua de alargadas depresiones que se corresponden con el curso de los ríos. El más profundo sustrato de la lengua refleja, precisamente, este entramado físico. Pero las sucesivas vivencias del entorno físico hacen que el uso social del término «valle» haya ido desbordando la referencia física y convirtiéndola en instrumento para la identificación de unidades socio-espaciales, de marcos socio-territoriales (ORTEGA VALCARCEL, J., 9-10); algunas veces hasta el punto de que el referente físico primigenio ha quedado *desnaturalizado* a favor de una dimensión social reforzada. Todo un

complejo de topónimos ilustra, a su vez, la fragmentación de los valles. De forma, concluye Ortega, que «en todos los casos es perceptible que existen grandes unidades espaciales que organizan el territorio y a las que corresponde un grado preeminente de representación y una capacidad destacada de control del espacio. Y en todos los casos es patente que esas grandes unidades engloban otras de menor dimensión pero de indudable autonomía social en las que se desarrolla el proceso productivo de modo más definido. Si las primeras son ante todo marcos de organización territorial, las segundas aparecen en mayor medida como espacios comunitarios» (*Ibid.*, 12).

Un segundo ejemplo que quiero poner (cargado de consecuencias para la historia territorial y del paisaje español de acuerdo con la investigación que estoy llevando a cabo) se refiere al doble significado de la palabra *monte*, montaña y bosque a la vez⁸.

El hecho de que la ciencia forestal moderna española tuviera un origen prusiano (GOMEZ MENDOZA, J., 1987 a; GOMEZ MENDOZA, J., 1987 b) determinó un entendimiento del monte por parte de los técnicos encargados de administrarlos, como monte alto. A los ingenieros forestales correspondería precisamente su conservación y restauración como tal con el fin de preservar los equilibrios naturales. Consciente de lo que este uso tenía de ruptura con las prácticas silvopastoriles de la mayor parte de las regiones españolas, alguna voz autorizada de la primera etapa señaló que «el error y la ignorancia (en que se mantiene) la masa general del pueblo, guardadora esencial de los terrenos destinados a la producción leñosa (...) sobre la unidad y la interior variedad del concepto de monte (obedece) al falso concepto del mismo que establece la equivocada relación de la humanidad y la naturaleza», resultado de las instituciones medievales y de la cultura oriental, según el autor. Ignorancia que tendría que resolverse con una buena ley de instrucción pública (PASCUAL, 1879, 464-465).

Ya en 1900 otro ingeniero de montes, particularmente preocupado por establecer con fines prácticos la correspondencia entre conceptos cultos y voces populares vernáculas⁹ se queja de la vaguedad persistente en la significación de la palabra monte y declara la inutilidad del esfuerzo de luchar

⁷ La Geografía regional agraria clásica consiguió éxitos sorprendentes en este terreno en medios rurales muy diversos entre los que quizá quepa destacar los espacios de regadío y los de montaña. Descuidó, sin embargo, los medios forestales de cuya gestión, tanto en el Antiguo Régimen, como en la actualidad se sabe todavía poco. Por eso es importante que estén empezando a aparecer trabajos sobre estas cuestiones. A mero título de referencia, citaré sólo dos, por cierto de muy distinta índole: el de François Hallé sobre la agrosilvicultura de medios tropicales (1986, 37-54) y el de la iconografía política de los espacios forestales en la Inglaterra georgiana cuyo autor es Stephen Daniels (1989, 43-82). En relación con los modos de nombrar en las culturas expertas y populares las formas de relieve, véase el texto de Manuel de Terán de 1977. Finalmente conviene seguir la evolución del pensamiento económico sobre la gestión de los recursos naturales renovables en el libro que José Manuel Naredo ha dedicado en 1987 a la cuestión.

⁸ Ya Humboldt en sus *Cuadros de la Naturaleza* había llamado la atención sobre las importantes consecuen-

cias cartográficas y de representación del territorio que conllevaba la doble aceptación: «A pesar de la riqueza sorprendente de la lengua española por pintar sitios naturales, sólo se emplea una palabra *monte*, sinónima de *cerro* (montaña) y de *selva*, para designar a la vez montaña y bosque. En mi trabajo sobre la anchura real y más grande extensión de los Andes al Este, he hecho ver cómo esta doble significación de *monte* ha sido causada de que en la excelente carta inglesa, tan divulgada, de América meridional, las llanuras estén indicadas como hileras de estas montañas. Los bosques de cacao o *montes de cacao* [todas las cursivas son del texto original], de la Carta española de Cruz Olmedilla, que ha servido de modelo a muchas otras, se han considerado cordilleras aunque el cacao no se da sino en las llanuras más cálidas» (1849, 145).

⁹ Se trata de José Jordana y Morera quien publicó un notable vocabulario de voces forestales confrontadas con el Diccionario de la Real Academia Española. Pretendía «recordar en todo tiempo a los que de montes escriben que nuestro léxico les da medios adecuados y vocablos de genuina prosapia vernácula para exponer todas las ideas, conceptos y significaciones, sin tener que acu-

contra su sentido más común: «De la palabra *monte*, dígase lo que se diga y hágase lo que se quiera, no será tarea fácil deslizar el sentido orográfico *mons, montis* que tiene y que el vulgo le aplica más o menos entrelazado con el forestal. Rústicos y campesinos no llamarán jamás monte al soto, a la mejana, al marjal, a la alameda, al erial, al campo, al yermo, al lleco, a todo lo que no sustente vegetación leñosa de cierto porte y que no se extienda en la mayoría de los casos por terrenos encumbrados o desiguales, así que pretender ir contra la corriente (entiéndase en el sentido vulgar del vocablo) es, hoy por lo menos, achaque de innovadores más bien que labor de prudentes». (JORDANA, 1900, 182-183).

De esta manera las representaciones científicas y técnicas surgidas de la dasonomía alemana y francesa —y la gestión forestal en ellas inspiradas— se enfrentaban de lleno con la realidad de los usos y costumbres sobre un paisaje mediterráneo deforestado; por lo mismo la administración del Estado chocaba con la administración de los pueblos y los propios vecinos. El resultado —frustrante para los forestales en sus programas de repoblación— había de ser sentenciado por otro ingeniero con conocimiento de causa: «Se legisla y se reglamenta dando de lado al problema pecuario y el ganadero es quien nos propone a nosotros en la realidad, y así son nuestros montes behetrías» (CAÑEDO, 1916, 78-79).

Creo que el caso anteriormente descrito puede ayudar a comprender la importancia que para la Geografía regional y territorial pueden tener respectivamente las concordancias o los desajustes entre los saberes científicos y técnicos y los populares. No debe pensarse, en todo caso, que esta necesaria confrontación quede reducida a los mundos y a las prácticas rurales e incluso arcaicas. William Bunge, por ejemplo, se ha encargado de demostrar hasta qué punto la ayuda de los *folk-geographers*, de los «geógrafos del pueblo», puede servir para que el geógrafo «experto» desentrañe los problemas de las comunidades y barriadas urbanas: «La gente de la universidad suele tener sentido de la escala, pero no tiene sentido (sentido de las cosas, sentido común), mientras que los miembros de las comunidades tienen sentido de las cosas aunque carezcan del sentido de la escala» (BUNGE, W., en HORVATH, J., 1971, 74; GOMEZ MENDOZA, J., 1988, 158).

IV. LOS LENGUAJES DE LA GEOGRAFIA REGIONAL

Llegados a este punto, creo haber mostrado el interés que puede tener para volver a hacer Geografía regional frecuentar tanto la tradición geográfica como conocimientos afines y saberes comunes y algunas de las cautelas que deben asumirse para preservarse de los fáciles deslizamientos hacia la bana-

dir a los idiomas extranjeros, adulterando la lengua patria con neologismos bastardos y empobreciéndola con el empleo de muy limitadas voces, como se observa que sucede cada vez más entre nuestros escritores agrónomos y forestales». (1900, v). Jordana se inquieta, a este respecto, porque, en cambio, se regatee la categoría de lenguas a la catalana, valenciana y mallorquina (*Ibid.*, vii).

¹⁰ Puede interesar consultar en concreto el conjunto de

lidad, la insignificancia o el diletantismo. En este diálogo multidimensional, ningún mediador puede ser excluido de antemano. Poetas y narradores, pintores o crónicas de viajeros, todo puede contribuir a reencontrar el estilo necesario para escribir sobre la región, tan lejano de los conceptos demasiado abstractos de la teoría como de una puesta en escena demasiado personalizada.

Algunos autores se han ocupado con cierta detención del lenguaje de la Geografía regional tradicional y no procede que repita yo aquí sus indagaciones. Sólo quiero recordar que, como ha puesto de manifiesto Nicolás Ortega, la Geografía regional clásica hereda de la tradición geográfica moderna, cuyos orígenes coinciden con los del movimiento romántico, una visión del mundo como un sistema de correspondencias analógicas, correspondencias entre todas las partes de la naturaleza, pero correspondencias de las que participa el hombre por su solidaridad con la misma naturaleza (ORTEGA CANTERO, 1987, *passim*).

Esta comprensión del mundo como un sistema de correspondencias encuentra en el lenguaje metafórico una forma de expresión privilegiada. Es la relación analógica la que permite que, por el juego de las semejanzas, aceptemos las diferencias. La analogía no suprime las diferencias, hace tolerable su existencia, en palabras de Octavio Paz que recuerda Ortega Cantero (*Ibid.*, 32). Las metáforas en concreto son creadoras de significado y pertenecen a la naturaleza profunda de la actividad científica (BERDOULAY, 1982, 573). Como ha dicho Paul Ricoeur y recoge Berdoulay, las metáforas constituyen un proceso retórico por el que el discurso libera el poder, que comparten ciertas ficciones, de reescribir la realidad.

Vincent Berdoulay no oculta, sin embargo, que considera que es la debilidad lingüística del discurso vidaliano la que le resta aplicabilidad sistemática y carácter analítico operativo (1988, 80). Indaga, en consecuencia, las posibilidades de una primera formalización de carácter sistémico, basada en la reflexión sobre el trabajo como mediador entre el hombre y la naturaleza, en forma semejante a lo que habían propuesto también otros autores¹⁰ (BERDOULAY, V., 1988, 83-86; BERDOULAY, V. Y PHIPPS, P., 1985). Por lo demás, Berdoulay reafirma su idea de que el discurso posibilista vidaliano suministra las grandes líneas de una verdadera teoría general de las relaciones hombre-naturaleza, «no sólo la más apta para dar una orientación matizada a la investigación contemporánea en este dominio, sino también la más capaz de facilitar la integración de las contribuciones científicas recientes (...) Capitalizando las aportaciones de las ciencias naturales hace caduca una polarización extrema entre la geografía humana y la geografía física». Constituye, termina diciendo, una herencia valiosa abierta a las investigaciones actuales sobre un len-

trabajos publicados en el *Bulletin de l'Association de Géographes Français*, 1987, 2, en el que se trata de hacer el balance del estudio del paisaje en los últimos veinte años. Véase en particular: ORMAUX, Serge: «Paysages et Géotypes», pp. 157-161; BROSSARD, Thierry: «Paysage visible et simulation numérique», pp. 163-174; además del más antiguo: BROSSARD, Th. y WIEBER, J. C.: «Essai de formulation systématique d'un mode d'approche du paysage» en la misma revista (1980, 468, 103-111).

guaje apropiado al estudio de la interacción (BERDOULAY, V., 1988, 86). Es en este terreno, por muy poco formalizado que se encuentre, en el que quiero situar mis últimas consideraciones, recuperando algunas de las cosas dichas al principio.

Los problemas de descripción son, ante todo, problemas de representación. Las construcciones narrativas de la identidad —en este caso de la regional— incluyen *estrategias textuales*, y, por tanto, deben movilizar la interacción y la acción comunicativa. En este sentido la región y el paisaje pueden ser entendidos como *sistemas textuales construidos* cuyos significados son interpretados e interactuados tanto por los habitantes como por los gestores (LEY, D., 1985; COSGROVE, D., 1987 y COSGROVE, D., 1989, 123-124). Es David Ley quien en 1985 dio en Geografía el paso que ya habían dado otras ciencias sociales como la Antropología y la Etnografía y quiso de esta forma hacer confluír la Geografía cultural con la humanística: el paisaje puede ser entendido como un texto, configurado por símbolos y signos, y, por consiguiente leído o interpretado como un documento sacionatural. Lo que significa recurrir a reglas y convenciones de la Semiótica y de la Lingüística, e incluso de la teoría literaria y estética.

Pero esta operación de descodificación y descifrado de los significados de un paisaje cultural exige saber recuperar las formas en que otros han concebido este paisaje y han interactuado en él: leer un texto es *re-presentar* significados, recuperar las actitudes y las ideas que en él subyacen (COSGROVE, D., 1989, 123-124). Pero los paisajes reflejan también *las imágenes visuales*, ciertas «maneras de mirar» que en determinados momentos han sido privilegiadas sobre otras facultades cognitivas. Algunos autores han recurrido de esta forma a la iconografía para poner el énfasis en la significación de las imágenes tanto cartográficas como de paisajes construidos. (COSGROVE, D., y DANIELS, S., 1987). A nadie se le oculta que esto requiere destrezas propias de la historia del arte.

Son nuevos recursos metodológicos que está poniendo en marcha el geógrafo, cuyos resultados no tardarán en percibirse. Deben, en todo caso, completarse con algunas observaciones que mitigan el entusiasmo textualista y contextualista que parece haber hecho presa en algunas de las mejores cabezas de la Geografía anglosajona¹¹.

En primer lugar, conviene recordar a algunos desmemoriados que las interpretaciones del paisaje y de la región que se proponen —amparados sin duda en nuevas destrezas— enlazan muy directamente con la sensibilidad de la escuela regionalista clásica (al menos de la francesa y de aquéllas que se movieron en su órbita). Cuando se habla, con razón, de la necesidad de restablecer, en un enfoque contextual, la «genealogía de los objetos teóricos» y de las representaciones culturales que afectan al

paisaje, puede recordarse que ya Manuel de Terán suscitaba la conveniencia de tener en cuenta «las representaciones y los motivos mentales colectivos» para comprender los paisajes rurales o urbanos (TERAN, M., de, 1964, 462).

De la misma manera, la lectura e iconografía del paisaje no pueden dejar de evocar a Pierre Gourou reconociendo en los paisajes humanos «palimpsestos que transparentan los efectos de técnicas olvidadas» (GOUROU, P., 1973, 32), o al propio Terán que ya en 1936 veía en el plano de las ciudades de la baja Andalucía «fina dactilografía impresa en el suelo, (que) ofrece la posibilidad de una identificación clara y precisa de (la) personalidad histórica y geográfica, de (la) personalidad más íntima y diferencial» (TERAN, 1936, 87 y ss.).

Me da miedo, en todo caso, que la Geografía regional, equipada con las nuevas habilidades de la crítica literaria, incurra en un cierto éxtasis textual: tratar de desmontar los armazones de contenidos de los textos, en un proceso de deconstrucción en el sentido de Derrida, que derive hacia la simple crítica estilística, «extrayendo del excedente retórico de significado que un texto que se presenta como no literario debe a sus capas literarias, algo así como las comunicaciones indirectas desmentidas por sus contenidos manifiestos» (HABERMAS, 1985, 229, a propósito de Derrida). Es posible, en todo caso, que como decía Montaigne, en una cita que Jacques Derrida escoge para introducir uno de sus textos sobre la escritura y la diferencia (DERRIDA, 1967, 383), «present(e) más problemas interpretar las interpretaciones que interpretar las cosas». Y se puede compartir también «la pasión crítica» de Octavio Paz como amor inmoderado por la crítica y sus precisos mecanismos de deconstrucción (PAZ, O., 1974, 22). Sería, sin embargo, lamentable que en este proceso la Geografía marrara la interpretación directa de las cosas, conseguida a través de uno de sus recursos de método que constituyen quizá lo más rico de su patrimonio: el trabajo de campo.

Otra consideración que, a mi juicio, no debe perderse nunca de vista, es que *la identidad está teñida de temporalidad* y sólo puede ser comprendida históricamente. Tanto más cuanto que se habla de identidades colectivas. Gadamer ha dicho a propósito de la Historia que se trata no de un resultado de la práctica individual sino de un proceso de aprendizaje complejo en el que los hombres no son capaces de descifrarse a sí mismos más que a través de encuentros con las instituciones de su pasado cultural. El entendimiento histórico en Geografía como algo que va mucho más allá del simple estudio del pasado se ha reconocido explícitamente hace poco: «(...) pensar históricamente no es un lujo; por el contrario es una parte esencial para hacer geografía humana» (DRIVER, F., 504). ¿No remite esta forma de ver las cosas, también en este caso, a los «encadenamientos» de Vidal de la Bla-

¹¹ Felix Driver ha llamado la atención sobre dos hechos: Primero que la gran narrativa histórica, del tipo de la de Braudel o de la de Thompson, incluso si hubiera sido posible hace diez años, ya no constituye una respuesta adecuada al reto de los adelantos retóricos contemporáneos. El desarrollo de la teoría literaria y estética demuestra, según él, que el conocimiento histórico es construido textualmente de tal forma que «los acontecimientos parecen narrarse a sí mismos» en palabras

tomadas de Hutcheon en su libro: *A poetics of postmodernism: history, theory, fiction*, Londres, Routledge, 1988. Segundo, dice Driver, el término contexto se ha convertido en el *buzz-word* de la Geografía humana actual. Los geógrafos de todo tipo parecen descansar en él para reaccionar contra las teorías universalizadoras que no dejan lugar para las contingencias del contexto (DRIVER, 1988, 501-502).

che, a su concepción temporal, en la que «una explicación en Geografía (...) consiste en asignar a los hechos el lugar que les corresponde en la sucesión de la que forman parte?» (cit. por BERDOULAY, V., 1981, 312).

Hacer Geografía regional es, pues, en definitiva *narrar*, pero *narrar* dentro de unas estructuras narrativas modales y temporales, tras una reflexión que atienda al reconocimiento de lo real. Hay que evitar caer, en esta nueva fase geográfica, en los peligros de una fascinación textual a través de la cual el medio de la lectura y de la escritura otorgarían al

texto, en palabras de Habermas, una pétrea autonomía frente a los contextos vivos: un texto que se convertiría así en su propia autoridad, «exiliada, errante y extrañada de su propio sentido». (HABERMAS, 1985, 202 y 219).

Creo yo que es en este sentido complejo y constructivo en el que debemos entender –y aceptar– la afirmación de Gregory: «(...) La Geografía es una forma de escribir, y escribir –como leer– es todavía la tarea más difícil que tenemos» (GREGORY, 1989, 91).

BIBLIOGRAFIA

- ARANGUREN, José Luis (1981): *Sobre imagen, identidad, heterodoxia*. Madrid, Taurus.
- BARRAU, Jacques (1985): «A propos du concept d'ethnoscience» en *Les sciences naturalistes populaires*, Actes du Séminaire de Sommières, 12-13 diciembre 1983, Ministère de la Culture, Direction du Patrimoine, Mission du Patrimoine Ethnologique, Ed. de la Maison des Sciences de l'homme, París, 8-12.
- BERDOULAY, Vincent (1981): *La formation de l'école française de géographie (1870-1914)*. París, Bibliothèque Nationale, 241 pp.
- BERDOULAY, Vincent (1982): «La métaphore organiciste. Contribution à l'étude du langage des géographes», *Annales de Géographie*. 573-586.
- BERDOULAY, Vincent (1988): *Des mots et des lieux. La dynamique du discours géographique*. París, Centre National de la Recherche Scientifique, Mémoires et Documents de Géographie, 103 pp.
- BERDOULAY, Vincent et PHIPPS, P. (1985): *Paysage et Système*. Université d'Ottawa.
- BRUNEAU, Michel (1986): «Des Géographies de l'Asie du Sud-Ouest», *L'Espace Géographique*. XV, 4, 247-255.
- BRUNET, Roger (1986): «Comment écrire la Géographie Régionale ?», *L'Espace Géographique*, 241-243.
- CAÑEDO ARGÜELLES, F. (1916): «Montes y pastos», *España Forestal*. II, 12 abril, 77-82.
- CLAVAL, Paul (1987): «Le néo-marxisme et l'espace», *L'Espace Géographique*. 161-166.
- COSGROVE, Denis (1987): «New directions in cultural geography». *Area*, 19, 2, 95-101.
- COSGROVE, Denis (1989): «Geography is everywhere: Culture and Symbolism in Human Landscapes» en GREGORY, D. y WALFORD, R.: *Horizons in Human Geography*. Macmillan, 118-135.
- COSGROVE, Denis y DANIELS, Stephen (eds.) (1987): *The iconography of landscape*. Cambridge, Studies in Historical Geography, 318 pp.
- CHATELIN, Yves, RIOU, Gérard (eds.) (1986): *Milieux et paysages*. Masson, Recherches en Géographie, 151 pp.
- CHATELIN, Yves, RICHARD, Jean François y RIOU, Gérard (1986): «Du milieu naturel comme lieu de rencontre du sens commun, de la pensée philosophique et de la démarche scientifique» en CHATELIN y RIOU: *Milieux et paysages*. 5-15.
- DANIELS, Stephen (1989): «The political iconography of woodland in later Georgian England» en COSGROVE y DANIELS: *The iconography of landscape*. 43-82.
- DERRIDA, Jacques (1967): *La escritura y la diferencia*. Barcelona, Anthropos, 1989, 411 pp.
- DRIVER, Felix (1988): «The historicity of human geography», *Progress in Human Geography*. 12, 4, 497-506.
- GADAMER, H.G. (1965): *Verdad y Método*. Salamanca, Ed. Sígueme, 1977.
- GEERTZ, Clifford (1973): *The Interpretation of Culture: Selected Essays*. New-York, Basic Books.
- GIDDENS, Anthony (1984): *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge, Polity Press.
- GOLLEDGE, Reg. et als. (eds.) (1988): *A Ground for Common Search*. Santa Barbara.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina (1986): «Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución reciente del pensamiento en Geografía humana (1970-1985)», en AA.VV. *Teoría y práctica de la Geografía*. Madrid, Ed. Alhambra, 3-43.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina (1987 a): «Los forestales y la propiedad pública de los montes» en *Actas del IV Coloquio de Geografía Agraria*. La Laguna-Las Palmas.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina (1987 b): «El entendimiento del monte en la génesis de la política forestal española» en *Seminario sobre el paisaje. Debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión*. Junta de Andalucía-Casa de Velázquez. Madrid, 22-23 junio, 1987, 64-78.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina (1988): «Las expediciones geográficas radicales a los paisajes ocultos de la América urbana» en GOMEZ MENDOZA, J., ORTEGA CANTERO, N. y otros: *Viajeros y paisajes*. Madrid, Alianza Universidad, 151-174.
- GOMEZ MENDOZA, Josefina y ORTEGA CANTERO, Nicolás (1988): «L'approche régionale aujourd'hui», Groupe Dupont, Géopoint 1988. Avignon (en prensa).
- GOULD, Peter (1986): «A search for common ground» en GOULD, P. y OLSSON, G. (eds): *Ibid.*, Prologue, 1-7.
- GOULD, Peter y OLSSON, Gunnar (1986): *A search for common ground*. Pion, 278 pp.
- GOUROU, Pierre (1973): *Introducción a la Geografía humana*. Madrid, Alianza, 1979.
- GREGORY, Derek (1981): «Human agency and human geography», *Transactions of the Association of Human Geographers*. 6, 1-18.

- GREGORY, Derek (1982 a): «Action and structure in historical geography», en BAKER, A.R.H. y BILLINGE, M. (eds.): *Period and Place*. Cambridge University Press, 244-250.
- GREGORY, Derek, (1982 b): *Regional transformation and industrial revolution*. Londres, Macmillan.
- GREGORY, Derek (1989): «Areal Differentiation and Postmodern Human Geography», en GREGORY, D. y WALFORD, R.: *Horizons in Human Geography*. 67-96.
- GREGORY, Derek y WALFORD, Rex (eds.) (1989): *Horizons in Human Geography*. Macmillan, 426 pp.
- HABERMAS, Jürgen (1985): *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Taurus, 1989, 462 pp.
- HAGGET, Peter (1965): *Análisis locacional en Geografía humana*. Barcelona, Gustavo Gili, 434 pp.
- HALLE, François (1986): «Un système d'exploitation ancien, mais une interface scientifique nouvelle: agroforesterie dans les régions tropicales», en CHATELIN y RIOU: *Milieux et paysages*, 38-53.
- HART, John Fraser (1982): «The Highest Form of Geographer's Art», *Annals of the Association of American Geographers*. 72, 1, 1-29.
- HARVEY, David (1982): *The limits of Capital*. Oxford, Basil Blackwell, 478 pp.
- HARVEY, David (1985): *The Urbanization of Capital*. Oxford, Basil Blackwell, 287 pp.
- HOOSON, David (1968): «Rejuvenating Regional Geography: ends and means», *Selected Papers*, XXIº Congrés Géographique International, Calcutta National Committee for Geography, 1972, vol. 4, 91-94.
- HORVATH, R.J. (1971): «The 'Detroit Geographical Expedition and Institute' Experience», *Antipode*. 3, 1, 73-82.
- HUMBOLDT, A. de (1849): *Cuadros de la Naturaleza*, según la edición definitiva anotada y ampliada por el autor, Ed. Iberia, Barcelona, 1961.
- JONAS, Andrew (1988): «A new regional geography of localities?», *Area*, 20.2, 101-110.
- JORDANA Y MORERA, José (1900): *Algunas voces forestales y otras que guardan relación con las mismas contrastadas todas con el Diccionario de la Real Academia Española*. Madrid, Imprenta Ricardo Rojas, 319 pp.
- LEWIS, Peirce (1985): «Beyond Description», *Annals of the Association of American Geographers*. 75, 4, 465-477.
- LEY, David (1985): «Cultural/humanistic geography», *Progress in Human Geography*. 9, 415-423.
- LYOTARD, J.F. (1979): *La condición postmoderna*. Madrid, Cátedra, 1984.
- MASSEY, Doreen (1984): *Spatial Divisions of Labour*. Londres, Macmillan.
- MASSEY, Doreen (1985): «New directions in space» en GREGORY y URRY (eds.): *Social relations and spatial structures*. Nueva York, Saint Martin's Press.
- MASSEY, D. y ALLEN, I. (1984): *Geography matters!*. Cambridge University Press.
- MASSEY, Doreen y MEEGAN, Richard (1989): «Spatial Divisions of Labour in Britain», en GREGORY y WALFORD: *Horizons in Human Geography*. 244-257.
- NAREDO, José Manuel (1987): *La economía en evolución. Historia y perspectivas con las categorías básicas del pensamiento económico*. S. XXI, 538 pp.
- OLSSON, Gunnar (1980): *Birds in egg-eggs in bird*, Ann Arbor, University of Michigan.
- OLSSON, Gunnar (1986): «-/-» en GOULD y OLSSON: *A search for common ground*. 223-231.
- OLSSON, Gunnar (1988): «The eye and the index finger: Bodily means to cultural meaning» en COLLEDGE et als.: *A ground for common search*.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1981): «Geografía y lenguaje matemático», *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. 1, 59-69.
- ORTEGA CANTERO, Nicolás (1987): *Geografía y cultura*. Madrid, Alianza, 123 pp.
- ORTEGA VALCARCEL, José (1987): *La Cantabria rural. Sobre la 'Montaña'*, Lección inaugural del curso académico 1987-1988. Univ. de Cantabria, 90 pp.
- PASCUAL, Agustín (1879): «Necrología: Don Miguel Bosch y Juliá», *Revista de Montes*. III, 64, 441-467.
- PAZ, Octavio (1974): *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona, Seix Barral, 1981, 3º ed.
- PUDUP, Mary Beth (1988) «Arguments within regional geography», *Progress in Human Geography*. 12, 3, 368-390.
- ROBIC, Marie Claire (1986): «L'art de la dire et les manières de l'entendre», *L'Espace Géographique*. 243-246.
- RORTY, Richard (1980): *Philosophy and the mirror of nature*. Oxford, Paul Blackwell.
- RORTY, Richard (1985): «Habermas and Lyotard on Postmodernity» en BERNSTEIN, Richard, J. (Ed.) *Habermas and Modernity*. Cambridge, Polity Press.
- ROUGERIE, Gabriel (1987): «Réajustements du paysage des Géographes», *Bulletin de l'Association des Géographes Français*. Paris, 2, 141-144.
- SAUER, Carl (1963): *Land and Life. A selection from the writings of Carl Ortwin Sauer edited by John Leighly*. University of California Press, 435 pp.
- SEMINARIO... (1989): *Seminario sobre el paisaje. Debate conceptual y alternativas sobre su ordenación y gestión*. Madrid, 22-23 junio 1987. Sevilla, Consejería de Obras Públicas y Transportes, 142 pp.
- STODDART, D.R. (1987): «Altas miras para una Geografía de final de siglo» en GOMEZ MENDOZA, J., MUÑOZ JIMENEZ, J. y ORTEGA CANTERO, N.: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (De Humboldt a las corrientes radicales)*. 2º ed. corregida y aumentada. Madrid, Alianza Universidad, 1988, 531-545.
- SORRE, Marx (1957): *Rencontres de la Géographie et de la Sociologie*. París, Lib. Marcel Rivière, 213 pp.
- TERAN, Manuel de: «Baja Andalucía», *Revista de Occidente*. CLVII, 73-110.
- TERAN, Manuel de (1964): «Geografía humana y Sociología. Geografía social». *Estudios Geográficos*. XXV, 97, 441-466.
- TERAN, Manuel de (1977): *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*. Discurso de recepción en la Real Academia Española pronunciado el 20 de noviembre 1977, 66 pp.
- THIEBAUT, Carlos (1989 a): «Modernidades sin fundamento», *La balsa de la medusa*. 9, 7-32.

- THIEBAUT, Carlos (1989 b): «Sujeto complejo, identidad narrativa y modernidad del Sur» en *Los debates de la ética del presente* (mecanografiado) (en prensa).
- THIEBAUT, Carlos (1989 c): *Historia del nombrar*, (en prensa).
- THOMPSON, Edward (1978): «The poverty of Theory or an Orrey of Errors» en *The Poverty of Theory and other Essays*. Londres, Merlin Press.
- THRIFT, N. (1983): «On the determination of social action in space and time», *Society and Space*. 1, 23-57.
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1903): *Tableau de la géographie de la France*. Paris, Tallandier et Hachette, 1979, 403 pp.
- VIDAL DE LA BLACHE, Paul (1921): *Principes de Géographie humaine*. Paris, Armand Colin, 327 pp.
- WIEBER, J.C. (1987): «Le paysage. Questions pour un bilan», *Bulletin de l'Association de Géographes Français*. Paris, 2, 145-155.
- ZOIDO NARANJO, Florencio (1987): «Paisaje y ordenación del territorio» en *Seminario sobre el paisaje*. 135-142.